

antigüedad, y que solo se desarrollaron, en fin, absorbiendo todos los demás imperios, se ve claramente que aquellas grandes monarquías llevaron el mundo entero á los piés de Jesucristo, como esos caudalosos rios que llevan al océano no solamente las aguas de su fuente, sino la de todas las corrientes que les son tributarias.

Así es como se reunen la historia sagrada y la profana, para que se verifiquen de un modo palpable aquellas sublimes palabras de que *Jesucristo es el heredero de todas las cosas, que todos los siglos se enlazan á él*<sup>1</sup>, y que no solamente la nacion judía, sino todas las naciones, estaban llenas de él<sup>2</sup>.

Hacemos ver con la autoridad de los Profetas, que el primero de los cuatro grandes imperios vaticinados por Daniel, el de los Asirios ó de Babilonia, tenia por objeto providencial obligar á los Judíos, castigándoles rigurosamente siempre que incurrian en la idolatría, á conservar intacto el depósito sagrado de la promesa del Libertador, su recuerdo y su culto perfecto:

Que el segundo, el de los Persas, tenia por objeto preparar el nacimiento del Mesías en la Judea, y efectuar el cumplimiento de las profecías segun las cuales debia ser conocido por hijo de David, y entrar en el segundo templo;

Que el tercero, el de los Griegos, tenia por objeto preparar los ánimos para el reinado del Mesías y facilitar su establecimiento, ya vulgarizando desde el ocaso á la aurora la lengua griega, en que debia anunciarse el Evangelio, ya atrayendo á los Judíos á todas las partes del mundo, ya dando á conocer universalmente los Libros santos por medio de la traduccion de Alejandría, ya poniéndolos al abrigo de las alteraciones judáicas:

Finalmente, que el cuarto, el de los Romanos, tenia por objeto facilitar los caminos á la predicacion del Evangelio, destruyendo todas las barreras que separaban aun los diversos pueblos, nivelando el suelo, y abriendo anchas y grandes vias de un extremo á otro del mundo, llevar á cabo la célebre profecía de Jacob al morir, y dar de este modo la última mano á la preparacion evangélica, haciendo nacer á Jesucristo en Belen.

¡Admirable filosofia que reasume en tres palabras la historia universal de cuarenta siglos: Todo para e Cristo, el Cristo para el hombre, y el hombre para Dios! Tal es el plan magnífico que vamos á explicar.

<sup>1</sup> Hebr. 1, 2.

<sup>2</sup> *Tota lex gravida erat Christo.* — San Jerónimo usa el mismo lenguaje. Hé aquí sus notables palabras: «Toda la economía del mundo visible ó invisible, ya antes, ya despues de la creacion, tenia relacion con el advenimiento de Jesucristo en la tierra. La cruz de Jesucristo es el centro á donde va á parar todo, el sumario de toda la historia del mundo.» (*Comentar. sobre las Epístolas de san Pablo.*)

Entremos con profundo respeto en el santuario de los consejos de Dios, y desenvolvamos la serie no interrumpida de promesas, figuras, profecías y preparaciones que van á conducirnos paso á paso durante el largo espacio de cuatro mil años, es decir, desde el principio del mundo hasta el grande acontecimiento de la encarnacion del Verbo.

Pero en primer lugar, ¿cómo sabemos que los Patriarcas y los hombres extraordinarios, que suscitaba Dios de vez en cuando en el pueblo judío, los sacrificios, los diversos acontecimientos y otras mil circunstancias de la vida de este pueblo eran otras tantas figuras del Mesías?

Lo sabemos, 1º. por la autoridad de los escritores sagrados del Nuevo Testamento. Aparte de un gran número de testimonios formales de Nuestro Señor mismo y de los Evangelistas, que demuestran que todo el Antiguo Testamento era la figura de Jesucristo y de la Iglesia, san Pablo dice en términos expresos, que *todo lo sucedido entre los Judíos es la figura de lo que se ejecuta entre los cristianos*<sup>1</sup>.

2º. Por la autoridad de la tradicion. Los santos Padres consideran unánimes á Jesucristo y á la Iglesia como el grande objeto velado bajo las sombras del Antiguo Testamento, el cual es para ellos la rosa en capullo, así como el Nuevo Testamento es la rosa desplegada. «El Antiguo Testamento, dice san Agustin, está todo oculto en el Nuevo; los Patriarcas, sus alianzas, sus palabras, sus acciones, sus hijos y su vida entera, eran una profecía continua de Jesucristo y de la Iglesia, y toda la nacion judía con todo su gobierno era un gran profeta de Jesucristo y del reino cristiano<sup>2</sup>.»

Oigamos además á uno de los órganos mas elocuentes de la tradicion. Eusebio, historiador de la Iglesia, nos habla en estos términos: «Todas las profecías, todo el cuerpo de las antiguas Escrituras, todas las revoluciones del estado político, todas las leyes y todas las ceremonias de la primera alianza solo conducian á Jesucristo, y servian para anunciarle y figurarle. Era, en Adán, el padre de la posteridad de los Santos; inocente, virgen y mártir, en Abel; reparador del universo, en Noé; bendito, en Abraham; soberano sacerdote, en Melquisedech; ofrenda voluntaria, en Isaac; jefe de los elegidos, en Jacob; vendido por sus hermanos, en José;

<sup>1</sup> *Hæc autem omnia in figura facta sunt nostri.* (*I Cor.*, x, 1-6.) — *Hæc autem omnia in figura contingebant illis.* (*Ibid.* 11.) — Como seria excesivamente prolijo citar los pasajes de los autores inspirados, véase la *Biblia* de Vence, prefacio general sobre el Antiguo Testamento, t. I, 248.

<sup>2</sup> *De Catech. rud.* — El santo Doctor insiste cien veces sobre esta idea en sus diferentes obras; véanse en particular los libros contra Fausto, el Maniqueo; en la *Biblioteca escogida de los Padres de la Iglesia* á Origenes, t. II, pág. 54; á Tertuliano, *id.* pág. 474; á san Crisóstomo, t. XIII, 129, etc., etc.

» viajero y fugitivo, poderoso en obras y legislador, en Moisés;  
 » paciente y abandonado, en Job; odiado y perseguido, en la mayor  
 » parte de los Profetas; en David, vencedor y rey de los pueblos;  
 » pacífico, en Salomón, y consagrador de un nuevo templo; sepul-  
 » tado y resucitado, en Jonás. Las tablas de la ley, el maná del  
 » desierto, la columna luminosa y la serpiente de bronce eran los  
 » símbolos de sus dones y de su gloria<sup>1</sup>. »

3º. Por la conformidad perfecta entre estas figuras y Nuestro Señor. Si alguno pretendiera que la semejanza que se halla entre las figuras de Jesucristo y Jesucristo mismo no es mas que el efecto de la casualidad ó de una aproximación arbitraria, sería tan insensato como el que viendo varios retratos de un rey hechos por diferentes pintores, y todos muy parecidos, sostuviera que ninguno de estos pintores tuvo el designio de representar al monarca, y que todos estos retratos solo se le parecen por casualidad.

Pero no hay casualidad en un designio, una continuación y una combinación tan sabia como bien sostenida. Tales son, pues, las figuras del Redentor.

Esta serie de figuras misteriosas, que empiezan con el mundo y continúan sin interrupción hasta Jesucristo, es la prueba irrecusable de un designio seguido de la Providencia. Se prestan una mutua luz como las profecías; la una termina lo que la otra principiara, y todas reunidas pintan al natural á Nuestro Señor, sus trabajos por la salvación del mundo, su muerte, su resurrección, su gloria y su Iglesia.

Así consolaba y alentaba el Dios de bondad á los hombres en su desgracia, recordándoles con frecuencia y por medio de imágenes sensibles al Redentor, que les libertaba de sus males, que daba ya el mérito á sus obras, y que les devolvería un día todos los bienes que habían perdido. Porque todos, como lo hemos advertido, sabían hasta cierto punto la significación de aquellas interesantes figuras, é igualmente comprendían en grado necesario los oráculos de las profecías concernientes al Mesías. Los mas instruidos tenían de ellas un conocimiento mas claro, y los demás las comprendían en cuanto era preciso para tener la fe implícita en el misterio de la redención, indispensable para salvarse<sup>2</sup>.

Así hacia parecer Dios para nosotros esta larga serie de figuras. Fortalecía por tal medio nuestra creencia, mostrándonos que la religión cristiana extiende sus raíces hasta las épocas mas remotas, y es el cumplimiento de un designio principiado en el origen del mundo,

<sup>1</sup> Euseb. *Demonstr. evang.* lib. IV, 174 y sig. Véase también á Bossuet, trazando un cuadro parecido, en un sermón sobre los caracteres de las dos alianzas, t. III, pág. 237.

<sup>2</sup> Véase á santo Tomás, anteriormente citado. (2, q. 2, art. 7.)

y desenvuelto sucesivamente durante cuarenta siglos. Y el mismo objeto tienen las promesas.

Tal es en sucintas palabras el magnífico plan que vamos á estudiar. Hora es ya de entrar en pormenores.

La primera promesa del Redentor se hizo en el paraíso terrenal. Los culpables padres del género humano habían oído apenas su justa sentencia, cuando ya estaban seguros de tener un expiador de su crimen, y un reparador de sus males. El fallo pronunciado contra el demonio y contra la serpiente, su órgano, contenía esta consoladora esperanza. *La mujer te quebrantará la cabeza*, dijo el Señor á la serpiente, es decir, nacerá de la mujer un hijo que destruirá el imperio del mal y del demonio. Nuestros padres comprendieron la significación de esta palabra alegórica, la cual bastó para sostener su valor, y hacer sus obras meritorias por la fe á los méritos de este Redentor futuro.

Sin embargo, esta primera promesa, aunque altamente consoladora, es muy general. Es cierto que anuncia un Salvador; pero ¿cuándo vendrá? ¿en qué lugar, en qué país nacerá? ¿cuáles serán sus caracteres? ¿por qué medio salvará al género humano? Reina sobre todo esto una incertidumbre absoluta. Vendrá, será hijo de Eva y Adán, y heredero de su sangre, pero exento de su pecado; no se sabe mas. Era un tibio rayo del Sol de justicia que debía aparecer un día en el mundo, pues los ojos debilitados del hombre pecador no hubieran podido sostener el brillo de una luz mas intensa. Y en esta oscuridad misma su fe encontraba un mérito de mas, y su falta la primera expiación.

Para impedir que el hombre no perdiera ni por un solo instante el consolador recuerdo de su Libertador, Dios se apresuró á confirmar esta primera promesa, ó mas bien la expresó en otro lenguaje no menos elocuente, el figurado. El mismo Adán fué la primera figura de su Redentor, y al comprenderse, pudo también comprenderle. Veamos las relaciones patentes que existen entre estos dos troncos de la humanidad. — Adán es el padre de todos los hombres, según la carne; Nuestro Señor es el padre de todos los hombres, según el espíritu, es el Hijo de Dios que nos ha criado y regenerado. — Adán es el rey del universo, y para él se han hecho todas las criaturas; Nuestro Señor es el rey del universo, y por medio de él y para él se han hecho todas las criaturas. — Adán es el pontífice del universo, y él es quien debe ofrecer á Dios el homenaje de todas las criaturas; Nuestro Señor es el pontífice universal del mundo, el sacerdote católico del Padre eterno, y él es quien ofrece á Dios nuestros homenajes y los de todas las criaturas<sup>4</sup>. — Rodean tan solo en un principio á Adán animales que no pueden formar su sociedad, y Nuestro Señor es

<sup>4</sup> Sacerdos Patris catholicus. (*Tertul.*)

en un principio solo en la tierra, rodeado de hombres hundidos en afectos sensuales, y parecidos por sus inclinaciones á los mas viles animales.

— Adan queda dormido, y el Señor le saca una costilla con la cual le forma una compañera; Nuestro Señor se duerme con el sueño de la muerte en el árbol de la cruz; durante su sueño se abre su costado, y de la herida sale la Iglesia, su esposa, figurada por la sangre y el agua. — Eva, esposa de Adan, es su imágen viva, será su compañera, y le dará numerosos hijos; la Iglesia, esposa de Nuestro Señor, es su imágen viva, será su compañera, y le dará numerosos hijos. — Entre Adan y Eva existe un consorcio indisoluble, y entre Nuestro Señor y la Iglesia otro que no terminará jamás, pues Jesucristo estará con ella todos los dias hasta la consumacion de los siglos y durante toda la eternidad.

— Adan peca, y es arrojado del paraíso; Nuestro Señor carga con todos los pecados del mundo, *truécase en pecado*<sup>1</sup>, y baja del cielo. — Adan es condenado al trabajo, á los padecimientos y á la muerte, y Nuestro Señor se condena á las mismas penas. — Adan envuelve á toda su posteridad en su desgracia, y Nuestro Señor salva á todos los hombres con su redencion, porque, dice san Pablo, *asi como la muerte entró en el mundo por un solo hombre, en quien todos han pecado, del mismo modo la vida entró en él por un solo hombre, en quien todos se han salvado*<sup>2</sup>.

Tales son los principales caractéres de semejanza que la razon y la fe nos descubren entre uno y otro Adan<sup>3</sup>.

Luego con el padre del género humano principia la larga serie de profecías vivas, las cuales nos dan todas juntas en las acciones de los Patriarcas una perfecta pintura del Mesías; y es cierto que estos grandes hombres no solo fueron elegidos para anunciar con sus palabras las maravillas que Dios debia obrar un dia con la redencion del mundo, sino que toda su vida se además una profecía de este grande acontecimiento<sup>4</sup>.

Antes de presentar á nuestros ojos tan magnífica galería de cuadros vivos, es necesario conocer á los Patriarcas que la componen. ¡Cuántos nobles y tiernos recuerdos van unidos á sus nombres! ¡Quién de nosotros puede volver á leer su historia, sin trasladarse á los felices dias de la primera infancia, cuando abriendo una piadosa madre sobre sus rodillas una *Biblia en figuras*, escuchábamos sus relatos con tanta avidez, y nuestros ojos se bañaban en lágrimas al nombre de Isaac sacrificado por su padre, ó al de José vendido por sus hermanos?

*Patriarca* significa padre ó jefe de familia; se da este nombre á los

<sup>1</sup> II Cor. v, 21.

<sup>2</sup> Rom. v, 12.

<sup>3</sup> Véase en la *Biblioteca escogida de los Padres* á Tertuliano, t. III, p. 29; á san Crisóstomo, t. XIII, pág. 408, 409.

<sup>4</sup> S. Aug. *De Catech. rud.*

primeros antepasados del Salvador, y se cuentan treinta y cuatro. Es preciso distinguir tres clases de Patriarcas:

1º. Los que existieron antes del diluvio, á saber: Adan, Seth, Enós, Cainan, Malaleel, Jared, Enoch, Mathusalén, Lamech y Noé;

2º. Los que vivieron despues del diluvio hasta la vocacion de Abraham, á saber: Sem, Arfaxad, Salé, Heber, Faleg, Rehu, Sarug, Nachor, Tharé y Abraham;

3º. Finalmente, los que aparecieron desde la vocacion de Abraham hasta el cautiverio de Egipto, á saber: Isaac, Jacob y sus doce hijos que fueron los troncos de las doce tribus de Israel. Digamos algunas palabras sobre su vida.

Los Patriarcas eran enteramente libres, y su familia componia un pequeño Estado, en el cual el padre era lo mismo que un rey. Su riqueza consistia principalmente en animales, y el gran número de sus rebaños les hacia apreciar tanto los pozos y las cisternas, en un país que no tiene mas rios que el Jordan, y donde raras veces llueve. Con todas estas riquezas eran muy laboriosos, estaban siempre en el campo, albergados en tiendas, cambiando de morada segun la comodidad de los pastos, y por consiguiente ocupados con frecuencia en acamparse y en trasladarse á otro punto, porque solo podian hacer jornadas cortas con un ajuar tan considerable.

Este modo de vivir se ha considerado siempre como el mas perfecto, y como el que menos apego inspira á los hombres hácia la tierra. Tambien denotaba mejor el estado de los Patriarcas que solo habitaban este mundo como viajeros, esperando las promesas de Dios, que no debian cumplirse hasta despues de su muerte. Las ciudades mas antiguas fueron edificadas por malvados, por Cain y Nemrod, que fueron los primeros en encerrarse y fortificarse para evitar la pena de sus crímenes y cometer otros impunemente. Las personas de bien vivian al descubierto y sin ningun temor.

La principal ocupacion de los Patriarcas consistia en cuidar sus ganados. Por inocente que sea la agricultura, la vida pastoril es mas perfecta, en cierto modo mas sencilla y mas noble, es menos penosa, inspira menos apego á la tierra, y no obstante es de mayor provecho. Puede juzgarse del trabajo de los hombres por el de sus hijas. Rebeca iba á buscar agua á larga distancia y la traia sobre sus hombros, y la misma Raquel conducia el rebaño de su padre, pues no las hacian menos delicadas su nobleza ni su hermosura. Esta vida tan sencilla, laboriosa y frugal de los Patriarcas les hacia indudablemente llegar á una vejez tan prolongada, y morir tan quietamente. Abraham é Isaac vivieron cerca de doscientos años cada uno, y los demás Patriarcas, cuya edad nos es conocida, pasaron al menos de cien años, y no se hace mencion de que estuvieran enfermos durante una vida tan larga<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Hé aqui lo que dice la ciencia actual sobre la longevidad de los primeros hombres.  
TOMO I. 22

Tal fué en general la existencia de los Patriarcas : una gran libertad, sin otro gobierno que el del padre, quien ejercia un imperio absoluto en su familia ; una vida muy natural y muy cómoda , con una grande abundancia de las cosas necesarias, y un gran desprecio de lo

bres : 1º. El hecho no tiene nada de imposible. En efecto, ¿ existe en la constitucion de la raza humana alguna cosa que fije en un cierto periodo la duracion de su existencia? ¿ Hay en su sistema huesoso, nervioso, muscular ó visceral, y en los aparatos digestivo, sanguíneo ó respiratorio veinte años de vida mas bien que treinta, sesenta, ciento ó doscientos? No seguramente, y no tan solo es imposible probarlo *à priori*, sino que la solucion sería enteramente diversa, segun las bases de las observaciones y la exposicion de los hechos; porque hay poblaciones en que la existencia se limita á cuarenta años, y otras cuyo término medio es doble. Ya Plutarco se dirigia admirado esta pregunta: ¿ Por qué los Etiopes son viejos á treinta años, mientras los Bretones viven hasta ciento y veinte? (*De Placid. phil. t. V, c. 30.*) Los primeros viven en circunstancias físicas que gastan rápidamente la vida, y favorecen á los otros circunstancias contrarias. Así pues, aun en nuestros dias la mujer es núbil en ciertos países á diez ó doce años, y decrepita á los veinte y cinco, y sucede en otras partes lo contrario. Es muy frecuente hasta en estos sistemas opuestos de larga existencia ó de aniquilamiento rápido que las proporciones de la vida se conserven y protesten contra las causas accidentales de deterioro.

¿ No podeis imaginar, por consiguiente, circunstancias físicas mas desfavorables aun en que los hombres sean viejos decrepitos á los cuarenta años, y por el contrario, circunstancias mas ricas en principios de vida que las en que viven hasta los ochenta años? Es seguro que nadie tiene derecho de negarlo. Pues bien, remontémosnos á la época de los primeros patriarcas, y advertid que el Génesis explica precisamente la alteracion de la vida por medio de la alteracion de las circunstancias físicas primitivas que acarreó el diluvio. (*Genes. vi, 3.*) Esta alteracion ha podido atacar los agentes exteriores, lo mismo que los hechos secundarios de la organizacion humana.

2º. Este hecho está demostrado por sus pruebas naturales. Si la vida de un hombre, mas ó menos larga, es un hecho que por sí mismo nada ofrece de imposible ó de inverosímil, es preciso preguntar : ¿ Ha tenido lugar este hecho? Y entonces tenemos una cuestion de testimonio, de historia. Si los testimonios dan á un hecho de este género tal ó cual duracion, es preciso creer los testimonios ó probar que son falsos. Sentada de este modo la cuestion, se vuelve contra nuestros adversarios, pues estamos en posesion, segun todas las reglas del derecho, y toca al demandante hacer probanza de sus pretensiones. Podríamos insistir en esto; pero queremos ir mas lejos y mostrar las autoridades sobre las cuales están basados los hechos de la longevidad primitiva. La primera es la de Moisés. Aun dejando á un lado la inspiracion y la gravedad del testigo, le favorece el ser, segun confesion general, el historiador mas antiguo, y de mayor peso por consiguiente que todos los historiadores posteriores, cuyo testimonio negativo no bastaría para contrarestar el suyo. Es preciso notar además, que si los otros historiadores han perdido el hilo de la serie humanitaria, no pudiendo hacer remontar su origen mas que hasta el diluvio, época en la cual, segun la Biblia, Dios redujo la vida humana, su testimonio será en este caso de muy poco peso. Sin embargo, como la vida de los patriarcas posdiluvianos era aun mas que secular, fuera bastante natural encontrar vestigios de este hecho en las tradiciones paganas.

Tambien el testimonio de los paganos es nuestra segunda autoridad : Homero se quejaba de que la vida de los mortales de su tiempo se hubiera acortado de mucho; Josefo cita á los Griegos sus historiadores Hesíodo, Heateo, Helánico, Arcesilao, Éforo y Nicolás de Damasco, que afirmaban que los primeros hombres vivian algunos siglos, y se encuentra la misma opinion entre los Egipcios, los Indios y los Chinos.

superfluo, con un trabajo honrado, acompañado de esmero y de industria, sin inquietud y sin ambicion <sup>1</sup>.

Los Patriarcas, padres del Mesías segun la carne, eran tambien en sus acciones sus figuras y profetas. Nos lo representan en sus relaciones con la Iglesia, es decir, formándola, estableciéndola á fuerza de penas y fatigas, sacrificándose, en fin, por ella, y *salvando por medio de ella á las naciones*. Este carácter distintivo vuelve á encontrarse en todos los demás personajes, así como en todos los acontecimientos figurativos del Deseado de las naciones.

Apenas salieron del paraíso terrenal nuestros primeros padres, conocieron por una triste experiencia el mal que habian hecho y el cambio funesto que su falta habia ocasionado en toda la naturaleza. Condenados á los mas rudos trabajos, comiendo el pan con el sudor de su rostro, ¿ qué necesidad no tenian de ser consolados y alentados con nuevas muestras de la misericordia divina? El Señor, siempre bueno y atento, acudió en su auxilio.

Dios les dió dos hijos : el primogénito recibió el nombre de Cain, y el menor el de Abel; Cain se dedicó á cultivar la tierra, y Abel á la vida pastoril. Enseñados por su padre, uno y otro tenian costumbre de rendir á Dios sus homenajes con la ofrenda de una parte de los bienes que recibian de su bondad. Un dia le presentó Cain las primicias de su cosecha, y Abel los primogénitos de su ganado y la grasa de sus víctimas; mas la piedad de Cain era tan avara, cual sincera y generosa la de Abel; y el Señor manifestó de un modo sensible la diferencia que hacia de ambos sacrificios, pues miró el de Abel y desdennó el de Cain.

Los celos no saben hacer justicia, y Cain, en vez de culparse á sí mismo por su desgracia, prefirió vengarla contra su inocente hermano, y en el momento que fué recibido el crimen en su corazon, se manifestó en su semblante. El Señor, que queria salvar á Cain haciéndole volver en sí, le hizo oír su voz. ¿ Por qué te has enojado? ¿ Por qué ha perdido tu rostro la serenidad? ¿ No es cierto que si hicieres bien, serás recompensado, y si mal, tu pecado promoverá al instante mi venganza? Pero aun es tiempo de librarte de ella, y por violenta que sea tu pasion, puedes resistirla y vencerla.

Las divinas advertencias de un señor que trata de precaver las fal-

¿ Qué oponen á esto? Los hechos actuales. Se dice : Los hombres solo viven en el dia de setenta á ochenta años, y se deduce : Luego lo mismo sucedia cincuenta siglos atrás. El hombre llega raras veces á los cien años; luego jamás ha existido un sistema de constitucion para el hombre que haya podido resistir al peso de setecientos ú ochocientos años. En esto, como en todas las demás objeciones contrarias á los hechos religiosos, se ve la misma pretension de la incredulidad : Lo que yo no he visto no existe, no ha existido, ni ha debido existir jamás. (*Véase las Veladas de Montlhéry*, por Mr. Desdouts, velada III.)

<sup>1</sup> Véase á Fleury, *Costumbres de los Israelitas*, pág. 3 y 14.

tas de sus servidores no hicieron la menor impresion en el alma envenenada de Cain, y no dando oidos mas que á sus sanguinarios celos, dijo á su hermano: Salgamos fuera. Abel accedió gustoso, pues tal vez hasta se esforzaba en suavizar los pesares que devoraban á Cain; pero este se levantó contra él, sin responderle, y le mató.

Al momento se dirigió el Señor al asesino hablándole con una dulzura que no merecia el fratricida, y de que no se aprovechó. Díjole tan solo estas palabras primero: Cain, ¿dónde está tu hermano Abel? No lo sé, respondió el malvado; ¿soy yo acaso guarda de mi hermano? Convengamos en que una contestacion tan insolente merecia un rayo; pero el Señor, que habia intentado contener el crimen con sus advertencias, deseaba tambien inspirarle el remordimiento. ¿Qué has hecho, Cain? añade; la voz de la sangre de tu hermano se alza desde la tierra, y clama venganza contra tí. Maldito serás sobre la tierra, á la que has obligado á abrir su seno para recibir la sangre de tu hermano; la cultivarás á costa de rudas fatigas, y no corresponderá á tus esperanzas ni á tus cuidados, y serás sobre su superficie como un vagamundo y desgraciado fugitivo.

Consternado el culpable con esta sentencia, exclamó con mas desesperacion que arrepentimiento: Mi iniquidad es muy grande para merecer el perdon; me condenais á ir errante por diferentes países, sin que pueda fijarme en ninguno, y cualquiera que me encuentre se creará con derecho para matarme. No será así, respondió el Señor, quiero darte tiempo para que expies tu crimen y lo repares. El que se atreva á atentar contra tus días, será siete veces mas rigurosamente castigado.

Dios guardó su promesa al fratricida, y para preservarle del asesinato que temia, dió á su ademan y á toda su persona cierto aspecto feroz y terrible, que infundia temor de acometerle. Cain habia abusado de las gracias prudentes que le alejaban del crimen, y tampoco se aprovechó de los recursos de salvacion que le ofrecia la paciencia del Señor. En este punto, como en todo lo demás, es un modelo copiado con frecuencia por una multitud de impenitentes, siempre inexcusables, que solo caen en el abismo porque rechazan la mano caritativa que se presenta para sostenerlos, y que permanecen allí hundidos por no valerse de los auxilios que para salir se les ofrecen.

En Cain y Abel se ve lo que ha de suceder en toda la continuacion de los siglos; que la iglesia de Satanás se alzaré contra la de Jesucristo. Con ellos empieza esa larga persecucion que los malos harán á los justos hasta el fin de los siglos; pero el castigo de Cain anuncia al mismo tiempo á los justos que la Providencia vela por ellos para recompensarlos y vengarlos. La conciencia del primer fratricida, entregado á continuos terrores, le indujo á edificar la primera de todas las ciudades, para encontrar en ella un asilo contra el odio y el horror del género humano.

La historia del primer Cain y del primer Abel es la historia anticipada de otro Cain y de otro Abel: cuatro mil años despues la segunda debia escribirse como la primera con letras de sangre, y casi en los mismos lugares, porque Abel es la segunda figura del Mesías.

— Abel es pastor de ovejas, y Nuestro Señor se da á sí mismo este nombre, pues llama á la Iglesia su rebaño, y sus ovejas á los Cristianos. — Abel ofrece un sacrificio que Dios recibe favorablemente, mientras es desdeñado el de Cain, y Nuestro Señor se ofrece á sí mismo en sacrificio, que es recibido favorablemente, mientras todos los de la antigua ley son rechazados. — Abel llega á ser el blanco de los celos de su hermano Cain, y Nuestro Señor lo es de los celos de sus hermanos los Judíos. — Abel es conducido al campo y sucumbe bajos los golpes de su hermano, y á Nuestro Señor le alejan de Jerusalem y es muerto por los Judíos sus hermanos. — La sangre de Abel clama venganza contra Cain, y la de Nuestro Señor clama misericordia para sus verdugos. — En castigo de su crimen, Cain es condenado á vivir errante y vagamundo sobre la tierra, y á lo mismo son condenados los Judíos en castigo de su deicidio. Hace mil ochocientos años que el mundo les ve pasar sin sacerdotes, sin rey y sin pontífice, sin estar en ninguna parte, y encontrándose en todas. — Cain era un objeto de horror y de miedo para cuantos le encontraban, y el pueblo judío es un objeto de horror y de desprecio para todos los pueblos. — Dios puso una señal en la frente de Cain para impedir que le matasen, y puso en la frente del pueblo judío una señal de reprobacion para impedir que lo exterminasen, de modo que es el único de todos los pueblos antiguos que sobrevive, y el único que existe en medio de todos los demás, sin confundirse con ninguno. — Consuélase Adán de la muerte de Abel con el nacimiento de Seth, hijo de bendicion que perpetúa la raza de los justos, y Dios, por decirlo así, se consuela de la muerte de Nuestro Señor con el nacimiento de una multitud innumerable de cristianos, hijos adoptivos de Dios.

#### ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, os doy gracias por haber multiplicado las promesas y figuras del Mesías. Haced que exciten cada vez mas en mi corazon el deseo de conoceros y amaros, y dadme la inocencia de Abel, su celo por vuestra gloria, y su caridad para con mis hermanos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, saludaré á los que me hacen mal, y rogaré por ellos.